

ISSN: 2362-2652

Año IV-Volumen 6-Diciembre 2019

Cultura en Red

UNIVERSIDAD NACIONAL DE RÍO CUARTO



CULTURA EN RED

Laboratorio Reserva de Arqueología

UniRío
editora

Diseño de Tapa: Oscar Basualdo

Link Cultura en Red: <http://www.hum.unrc.edu.ar/ojs/>



AUTORIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE RÍO
CUARTO

Rector
Prof. Roberto Rovere
Vicerrector
Prof. Jorge González
Secretario General
Prof. Enrique Bérnago
Secretaria Académica
Prof. Ana Voglioti
Secretario de Ciencia y Técnica
Juan Miguel Marioli
Secretario de Extensión y Desarrollo
Prof. Pedro Ducanto
Secretario Económico
Prof. José Luis Tobares
Secretario de Bienestar
Prof. Fernando Moyano
Secretario de Coordinación Técnica y
Servicios
Prof. Juan Carlos Amatti
Secretario de Planificación y Relaciones
Institucionales
Prof. Jorge Guazzone
Secretario de Posgraduación
Prof. Melina Talano

AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE
CIENCIAS HUMANAS
UNIVERSIDAD NACIONAL DE RÍO
CUARTO

Decano
Prof. Fabio Dandrea
Vice Decana
Prof. Diana Sigal
Secretaria Académica
Prof. Silvina Barroso
Secretario Técnico
Prof. Cristian Santos
Secretaria de investigaciones
Prof. Adriana Bono
Secretaria de Posgrado
Prof. María Inés Valsecchi

AUTORIDADES DEL DEPARTAMENTO
DE HISTORIA

Director
Prof. Eduardo Escudero
Vice Directora
Prof. Lucía Rubiolo





Uni. Tres primeras letras de “Universidad”. Uso popular muy nuestro; la Uni. Universidad del latín “universitas” (personas dedicadas al ocio del saber), se contextualiza para nosotros en nuestro anclaje territorial y en la concepción de conocimientos y saberes construidos y compartidos socialmente.

El río. Celeste y Naranja. El agua y la arena de nuestro Río Cuarto en constante confluencia y devenir.

La gota. El acento y el impacto visual: agua en un movimiento de vuelo libre de un “nosotros”. Conocimiento que circula y calma la sed.

Consejo Editorial

Facultad de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales

Prof. Sandra Miskoski

Facultad de Ciencias Económicas

Prof. Nancy Scattolini y Prof. Silvia Cabrera

Facultad de Agronomía y Veterinaria

Prof. Laura Ugnia y Prof. Mercedes Ibañez

Facultad de Ciencias Humanas

Prof. Gabriel Carini

Facultad de Ingeniería

Prof. Marcelo Alcoba

Biblioteca Central Juan Filloy

Bibl. Claudia Rodríguez y Bibl. Mónica Torreta

Secretaría Académica

Prof. Ana Vogliotti y Prof. José Di Marco

Equipo Editorial

Secretaria Académica

Ana Vogliotti

Director

José Di Marco

Equipo

José Luis Ammann, Daila Prado, Maximiliano Brito, Ana Carolina Savino, Soledad Zanatta, Daniel Ferniot, Roberto Guardia y Lara Oviedo

**REVISTA CULTURA EN RED – UNIRÍO – UNIVERSIDAD
NACIONAL DE RÍO CUARTO**

ISSN: 2362-2652

Laboratorio Reserva de Arqueología, Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Río Cuarto. Enlace ruta 36 km 601 - 5800 – Río Cuarto, Argentina.

Convoca a publicar contribuciones originales focalizadas en el Patrimonio y Políticas Culturales y sus problemáticas contemporáneas. Los artículos tienen arbitraje académico.

DIRECCIÓN

Ana María Rocchietti
Yanina Aguilar
María Virginia Ferro

JEFE DE REDACCIÓN

Flavio Ribero

SECRETARÍA

Melania Lambri

COMITÉ EDITORIAL

Alicia Lodeserto
Gustavo Zocco
Daniela Wagner

SECCIONES

Pueblos Originarios
Patrimonio cultural
Sitios arqueológicos sudamericanos

ASISTENTE DE EDICIÓN: Oscar Basualdo

COLABORADORES

Denis Reinoso
Luis Alaniz
Cecilia Vilches



CONSEJO CIENTÍFICO

Yoli Martini

Universidad Nacional de Río Cuarto

Daniel Schávelzon

Universidad de Buenos Aires

Fernando Oliva

Universidad Nacional de Rosario

Mónica Patricia Valentini

Universidad Nacional de Rosario

Nélida de Grandis

Universidad Nacional de Rosario

Mirta Bonnin

Universidad Nacional de Córdoba

Roxana Cattáneo

Universidad Nacional de Córdoba

Liliana Barela

Secretaría de Cultura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Leonel Cabrera

Universidad de la República, Uruguay

César Gálvez Mora

Dirección Desconcentrada de Cultura del Departamento de La Libertad – Trujillo - Perú

Juan Castañeda Murga

Universidad Nacional de Trujillo, Perú

Irene Dosztal

Universidad Nacional de Rosario

Fátima Solomita Banfi

Universidad Nacional de Rosario

Eduardo Escudero

Universidad Nacional de Río Cuarto

Gabriel Carini

Universidad Nacional de Río Cuarto

Martín Gentinetta

Universidad Nacional de Río Cuarto

María Virginia Quiroga

Universidad Nacional de Río Cuarto

Evaluaron este volumen

Alfredo Baronio

Juan Castañeda Murga

Eduardo Escudero

María Virginia Ferro

Laura Travaglia

ÍNDICE GENERAL

DOSSIER: Bolivia Plurinacional

14. NOTA A LOS LECTORES

15. EDITORIAL

17. LO PARTICULAR Y LO UNIVERSAL DESDE LA PERSPECTIVA DE UNA ÉTICA INTERCULTURAL

Dorando J. Michelini

25. EL SISTEMA BOLIVIANO DE INNOVACIÓN. DILEMAS DEL DESARROLLO EN EL ESTADO PLURINACIONAL

Alicia Lodeserto

45. BOLIVIA: LA INSURRECCIÓN EN LA CULTURA

Ana Rocchietti

69. ACTORES SOCIALES COLECTIVOS. DIMENSIONES DE ANÁLISIS PARA PENSAR LA CATEGORÍA DESDE LA HISTORIA SOCIAL

Celia Basconzuelo

104. LA DISCUSIÓN ÉTICA EN ARQUEOLOGÍA E HISTORIA SOBRE LOS BIENES CULTURALES DE PUEBLOS ORIGINARIOS

María Laura Gili

128. BOLIVIA EN SU HISTORIA RECIENTE. EMERGENCIA Y CONSOLIDACIÓN DE UN MOVIMIENTO POLÍTICO

María Virginia Quiroga

SECCIÓN PATRIMONIO CULTURAL

147. POTOSI Y EL CERRO RICO. PATRIMONIO EN RIESGO

Arabela Ponzio

SECCIÓN SITIOS ARQUEOLÓGICOS SUDAMERICANOS

156. MACHU PICCHU

Flavio Ribero

NOTA A LOS LECTORES

Cultura en Red es una revista de periodicidad anual dedicada a las temáticas implicadas en la Cultura y en las Políticas de la Cultura: las ciudades sudamericanas y sus patrimonios culturales, la evolución del patrimonio tangible en contextos nacionales sudamericanos, Arqueología, Historia, Artes populares, Experiencias interculturales, Culturas, Desarrollo Humano y ambiental y Territorios y Paisajes. Pertenece a la RED UNIVERSITARIA DE ESTUDIOS INTEGRADOS SOBRE PAISAJES SUDAMERICANOS.

EDITORIAL

Este número de Cultura en Red está dedicado –otra vez- a los interrogantes que plantea el Estado Plurinacional de Bolivia. Los artículos reunidos abordan diversos dilemas que tienen –seguramente- dimensión continental. Ellos pueden ser sintetizados en términos de encrucijadas ético-políticas, de historia de larga duración, de las formas que adquiere el capitalismo en América Latina, de cultura y sociedad, de organización colectiva observada a nivel micro-social y de distribución de la renta nacional. Los editores estiman que será de interés para los especialistas y para los estudiosos que examinan el caso boliviano buscando caminos proactivos de construcción histórica.

Los editores.



Actores sociales colectivos. Dimensiones de análisis para pensar la categoría desde la historia social. Celia Basconzuelo. .Cultura en Red Año IV, Volumen 6, 2019, Pp: 69 – 102. En línea desde 6 de diciembre 2015. UNIRIO –Electrónico ISSN 2362 – 2652 – <http://www.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/CR/issue/view/125>
Creative Commons, Reconocimiento no comercial, compartir igual 4.0, Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

ACTORES SOCIALES COLECTIVOS. DIMENSIONES DE ANÁLISIS PARA PENSAR LA CATEGORÍA DESDE LA HISTORIA SOCIAL

Celia Basconzuelo

CEGRA/ISTE-CONICET-UNRC

cbasconzuelo2003@yahoo.com.ar

Resumen

El artículo reflexiona acerca del término “actor social colectivo” desde la perspectiva de la historia social y el aporte de la sociología, concentrando el análisis en cuatro nociones provistas por esos campos disciplinares que combinadas dan cuenta del proceso de constitución de sujetos colectivos. Se proponen aquí dimensiones objetivas y subjetivas para dar cuenta de la construcción de un actor social colectivo: entorno, acontecimiento, acción e identidad. La investigación es cualitativa y plantea en primer lugar una revisión sobre el tema en la producción historiográfica occidental entre el último cuarto del siglo XX y la presente década y en la segunda parte plantea y discute los conceptos que convergen para explicar la conformación de un actor social colectivo.

Palabras clave: actores – historia social.

Publicación del Laboratorio Reserva de Arqueología, Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Río Cuarto – Cubículo J8, Ruta 36, Km 601 – 5800, Río Cuarto, Provincia de Córdoba, Argentina. UNIRIO.

Abstract

The article reflects on the term "collective social actor" from the perspective of social history and the contribution of sociology, concentrating the analysis on four notions provided by those disciplinary fields that combined account for the process of constitution of collective subjects. Objective and subjective dimensions are proposed here to account for the construction of a collective social actor: environment, event, action and identity. The research is qualitative and proposes in the first place a revision on the subject in the western historiographical production between the last quarter of the 20th century and the present decade and in the second part it raises and discusses the concepts that converge to explain the conformation of a social actor collective.

Key words: actors - social history.

Introducción

En Argentina, la producción bibliográfica de las últimas décadas muestra una particular atención por los actores colectivos. El estudio de movimientos sociales, diversas organizaciones asociativas y otras formas colectivas que trabajan al interior del tejido social han adquirido una preeminencia cada vez mayor, traducándose en un sinnúmero de artículos científicos, tesis académicas y obras bibliográficas, los cuales suministran categorías, perspectivas y además sugieren tipologías identificatorias, permitiendo de ese modo desentrañar demandas, repertorios, alianzas, alteridades así como también problematizar cuestiones de género, territorio, ambiente, derechos de nuevo cuño, etc.

En otras latitudes, la producción teórica contemporánea ha subrayado reiteradamente acerca del "regreso del sujeto" (Ibañez 1991). Un sujeto social respecto del cual interesa

estudiar las subjetividades colectivas, sus formas de organización, de institucionalización y sus lógicas de acción, entre los vectores de análisis más frecuentados. Un sujeto que se piensa necesariamente “como parte de un sujeto colectivo y “en relación con un entorno” y donde “la autonomía y la identidad particular del sujeto se interpreta a la vez como alteridad, es decir, como reconocimiento de la presencia de otros sujetos” (Alguacil Gómez 2006: 52).

Desde algunas obras provenientes de la ciencia política también se ha recalado en esa interdependencia individuo/colectivo. Así, Ester García Sánchez (2007) luego de aclarar que no todo grupo de individuos puede ser considerado automáticamente un actor afirma que “el término *actor* se define a partir de la idea de *acción*: el *actor* (o el agente) es todo aquel sujeto que actúa, en otras palabras, el sujeto de la acción” (2007: 201); y además es quien dispone de los medios para decidir. Es decir, que “un actor es una unidad de decisión–acción responsable” (2007: 205). Cabrían dentro de esta categoría las coaliciones, los movimientos, los clubes y las asociaciones.

La teoría social sobre los actores sociales constituye una referencia ineludible. En 1984 Alain Touraine publica “El regreso del actor” donde postula y desarrolla la tesis de la interdependencia entre los actores y el sistema, sobre la base de la “sociología de la acción”, un paradigma que ya había desarrollado en su obra homónima de 1965. Su teoría es crítica respecto del marxismo clásico, aunque no se aparta demasiado de aquella visión que sigue viendo en las clases sociales los verdaderos actores sociales. Sin embargo, una perspectiva interesante en la obra es considerar que dichos actores “no se limitan a reaccionar frente a situaciones, sino que también las engendran” (Touraine, 1987b: 49). Con esta afirmación, sin embargo, el autor no avanza más allá. Menos aun cuando pasa a considerar el caso latinoamericano, donde Touraine (1987a) advierte las características que rodean a los actores sociales: el capitalismo dependiente que determinaría, por una parte, la debilidad de los

actores de clase, la segmentación de las categorías sociales y la consiguiente oposición entre segmentos superiores e inferiores, y por otra parte, los rasgos politizados y urbanos de la acción colectiva.

En la línea teórica que aproxima el actor y el sistema, Crozier¹ y Friedberg (1990), desarrollaron la tesis según la cual las acciones se hallan estructuradas y se formalizan a través de la organización institucional, lo que llevó a contribuir con los estudios de las organizaciones sociales. En ellas, los actores despliegan estrategias propias en condiciones de interdependencia mutua, intercambian los recursos en un contexto de cooperación y conflicto para garantizar una producción institucional que satisfaga fines individuales y colectivos.

Del interés de las clases sociales entendidas como actores colectivos a los movimientos sociales y a los nuevos movimientos, las corrientes sociológicas no han cesado de producir y aportar sugerentes líneas de análisis. En las más actuales, la preocupación se traslada también a la persona y su involucramiento en acciones colectivas, según distintos niveles en que ello se manifiesta. Precisamente, es el enfoque que caracteriza a Laurent Thévenot (2016) quien desde la sociología pragmática promueve una línea de análisis posible para estudiar los sujetos y los modelos de acción para vincularse consigo mismos, con su entorno y con la comunidad.

La producción bibliográfica y empírica sobre actores sociales colectivos es pues cuantiosa y amplísima. Ahora bien, desde el campo de la historia social ¿cuál ha sido y cuál es en la actualidad la visión que prevalece acerca de lo que puede entenderse por actor social colectivo? ¿Qué dimensiones de análisis podrían revisitarse desde la disciplina y simultáneamente desde la sociología² que contribuyan a esclarecer la constitución y configuración de actores sociales colectivos?

Propongo entonces una aproximación al término “actor social colectivo” desde la perspectiva de la historia social y el aporte de la sociología³ para lo cual considero relevante analizar cuatro nociones provistas por esos campos disciplinares que combinadas dan cuenta del proceso de constitución de sujetos colectivos. Se trata entonces de dimensiones objetivas y subjetivas: *entorno, acontecimiento, acción e identidad*.

Es importante también aclarar que, en gran medida, esta propuesta teórica resulta de capitalizar las conclusiones parciales y generales de nuestros trabajos de campo y proyectos de investigación⁴, mediante un esfuerzo de síntesis y de sistematización que requiere futuras revisiones y/o reformulaciones, porque como afirma Reinhardt Koselleck (1993: 118), “los conceptos tienen una pretensión de generalidad, son polisémicos, permiten establecer horizontes y límites para la experiencia posible”.

En base a dichos conceptos puede darse cuenta de sujetos colectivos que se reconocen y son reconocidos según configuraciones *identitarias* y lógicas de *acción en el espacio público*, en un *contexto* particular temporo-espacial que los moviliza y a la vez sobre el cual inciden en mayor o menor medida.

Para sustentar esta hipótesis y desarrollar los objetivos específicos, el trabajo revisita, en primer lugar, la producción historiográfica occidental entre el último cuarto del siglo XX y la presente década, con el propósito de identificar e interpretar cuáles actores colectivos resultaron ser el foco de los estudios sociales, particularmente para historiadores y para sociólogos. En segundo lugar, se abordan dos nociones provistas por los historiadores, como lo es “entorno” y “acontecimiento” y, aunque podrían indicarse otras complementarias, éstas permiten situar en una dimensión objetiva al actor colectivo, así como registrar empíricamente momentos constitutivos y de organización.⁵ En tercer término, se trata la noción de “acción” ya que es una categoría asociada imprescindiblemente a la configuración

de todo actor colectivo. Por último, desde el plano subjetivo del análisis, se considera la “identidad” y se fundamenta por qué la conveniencia de emplear la noción “proceso de identificación”, en relación con el estudio de actores colectivos desde el punto de vista de la historia social.

Los actores sociales colectivos en los paradigmas sociológicos e historiográficos: de los años ‘60 al siglo XXI

En la segunda mitad del siglo XX avanzan nuevos paradigmas que impactan en el campo de las ciencias sociales. Uno de los problemas centrales que se instala es la preocupación por los modos de constitución de los actores colectivos. Las clases sociales, los grupos sociales y las categorías socio profesionales ocupaban buena parte de la atención y del análisis de los historiadores de entonces (Castro 1997). En el campo de la historia social avanza el paradigma la “historia socio científica” y con él las narrativas se preocupan por la causalidad, la determinación y el contexto social (Moreyra 2014: 169).

Sin embargo, algunos deslizamientos se advierten dentro de ese imperio del estructuralismo; entre otros por parte de los historiadores anglosajones que realizan aportes teóricos y empíricos sobre la clase obrera, incorporando nuevas categorías. Sin embargo, son análisis que no se apartan demasiado de las perspectivas estructuralistas, deterministas y causalistas. Es el caso de Edward P. Thompson quién influido por una orientación culturalista aplicada a la investigación histórica, otorga un lugar central en su análisis a las nociones de acción y experiencia de los sujetos históricos (Spiegel 2006).

Entre fines de los años setenta y mediados de la década del ochenta, la corriente denominada posmarxista parece decidida a apartarse un tanto de aquel eje clase céntrico. Las renovaciones se registran en el campo de la sociología, produciéndose un giro desde el

estructuralismo hacia lo discursivo. Precisamente, dos sociólogos ingleses, Barry Hindess y Paul Hirts, explican las acciones colectivas otorgando centralidad a dicha perspectiva. Se define el actor social por su capacidad para articular elementos discursivos, y la acción se configura a partir de ellos (Caínzos López 1989).

Estas tendencias se replican en el campo de la historia social, que por su parte dialoga con otras disciplinas como es el caso de la antropología, la sociolingüística y la semiótica. Para quienes participan de esta renovación historiográfica, la esfera socio-económica deja de ser el único o central aspecto causalístico (García González 2017), por lo que el accionar de los sujetos sociales se atribuye al peso de aspectos simbólicos y lingüísticos.

Los estudios disciplinares convergen en la preocupación por el actor, lo cual explica que en el campo de la historia se despliegue un interés por la biografía, el individuo y la microhistoria (Girbal-Blacha 2007). Se piensa también que la cultura es relevante en la constitución de la identidad colectiva y en la ejecución de la acción. Los sujetos colectivos no serían solo las clases, también se ocupan de las muchedumbres. En ese contexto, una de las categorías predominantes es la de “representación” y uno de sus exponentes Roger Chartier -miembro de la cuarta generación de la Escuela de Annales- quien promueve el retorno a una filosofía del sujeto. Para toda la corriente que impulsó esta perspectiva, el discurso es el aspecto constituyente de los sujetos colectivos (García González 2017).

Para entonces, y en la medida que la preocupación central se sitúa no ya en las estructuras ni en las mentalidades sino en las prácticas y en las experiencias, respecto de las cuales se renueva el papel de los actores sociales, el interés por los denominados Nuevos Movimientos Sociales es creciente. En verdad, ha venido acentuándose al calor de estallidos que en los años sesenta conmovieron a la sociedad norteamericana y también a la europea. Los clivajes teóricos exceden la antigua interpretación centrada en la clase social pues nacidos del

contexto postindustrial, se los considera portadores de una configuración que excede a la clase, se construyen más bien sobre alianzas sociales de carácter transversal, se posicionan en el espacio público y exhiben nuevos códigos de actuación apelando también a novedosas estrategias de cohesión y de afirmación colectiva (García González 2017).

En ese sentido, la historiografía francesa exhibe algunas producciones emblemáticas que dan cuenta de cómo despunta la inquietud por los movimientos sociales, particularmente en el marco de los grandes cambios que enlazan con mayo de 1968. Se hace hincapié en los “nuevos” movimientos sociales en contraposición a los “viejos” y por esa vía se amplían las perspectivas de la historia social con una renovación temática sin precedentes. La revista *Le Mouvement Social*, que comienza a ser editada a partir de 1960, es un hito en ese sentido (Ceamanos Llorens 2006).

De manera sumaria pueden mencionarse las diversas contribuciones sobre las modernas formas de acción colectiva aportadas la sociología en las últimas décadas del siglo XX. Desde una visión constructivista, la corriente europea recoge entre sus representantes a Alain Touraine y Alberto Melucci en el campo de la sociología y Claus Offe en el de la ciencia política. Por su parte, la escuela norteamericana presenta dos enfoques; en un caso, y respondiendo a teorías funcionalistas, el foco se coloca en las decisiones individuales (Olson) y en el otro, el eje se coloca en las capacidades de las organizaciones para movilizarse (Mc Carthy, Zald, Jekins, Gamson, Tilly) (García González 2017).

En los años 90 avanza el paradigma de las redes en el campo de las ciencias sociales. Así, mientras en la sociología ocupa un lugar central la interacción, los estudios de Manuel Castells revelan que los grandes movimientos colectivos contemporáneos se habrían formado según una lógica de redes, en los cuales la información y la comunicación son aspectos centrales en su conformación (Girbal-Blacha 2007).

Al filo del siglo XX, un balance de la producción historiográfica argentina da cuenta de “una heterodoxia teórica y metodológica” (Sabato 2001: 43). En ese marco pareciera detenerse aquel impulso creador que caracterizó la historia social en los años ochenta (Romero 2010: 35) Una revisión historiográfica sobre lo producido hasta los primeros años del siglo XXI alerta sobre “una evidente pérdida relativa de significación de la historia social” en el conjunto, y además “una notable dispersión, observándose la ausencia de núcleos aglutinantes” y menos aún de síntesis de los procesos histórico-sociales (Remedi 2011: 57). No obstante, se rescatan logros significativos. Múltiples sujetos sociales son estudiados en diferentes espacios y coyunturas temporales contribuyéndose de ese modo con “una historia más plenamente social” con predominio de las escalas micro de observación (Ibídem: 61).

Los encuentros académicos, convocantes y específicos de la historia social, se convierten en escenario oportuno para entrever algunos caminos a seguir. Es oportuna aquí la alusión a los trabajos de Beatriz Moreyra (2008; 2014), quien plantea la necesidad de un nuevo giro social en la construcción del conocimiento histórico que revalorice la capacidad explicativa del contexto, sin caer en el determinismo clásico, sino constituyente de lo social.

Tal es el caso de la denominada “teoría de la práctica” que se anuncia como uno de los posibles paradigmas alternativos de interpretación histórica por su preferencia por estudiar la acción, la experiencia y el papel de los sujetos. La teoría es parte de la renovación que procura realizar la historia social, apartándose de los postulados básicos del posestructuralismo, sobre la base de una serie de términos clave entre ellos “discurso”, “acción”, experiencia, práctica. Así entonces el “discurso” se entiende en un sentido amplio, como un campo de prácticas, más allá de la esfera propiamente discursiva, siendo vinculado a las instituciones y prácticas sociales. Por otro lado, se rehabilita la idea de “acción” para designar la intencionalidad humana y la capacidad para actuar, lo cual implica para las

versiones más radicales reposicionar al individuo como agente que actúa libremente y así destacar la creatividad del sujeto individual, y para las menos, el hecho de continuar advirtiendo que la acción histórica representa la relación del individuo con el orden cultural. Además, se trabaja con la noción de “experiencia” que para algunos historiadores queda situada fuera de los discursos y la categoría de “práctica” que aparece en algunos autores como el espacio en el que se produce la intersección entre discurso e iniciativa individual, la cual es de naturaleza cognitiva y remite a los valores intereses y comportamientos del sujeto proporcionados por los discursos o lenguajes. Bordieu, Giddens y Foucault constituyen las influencias más notorias desde la teoría social (Spiegel 2006).

Otra línea de análisis que se presenta como tendencia innovadora remite a la “historia de lo social”, pero desde una visión diferente a lo planteado por la historiografía clásica para quien lo social se anteponía al individuo. Era lo que explicaba y entendía que la sociedad se hallaba compuesta por dos esferas separadas, aunque causalmente conectadas: una donde se constituía la estructura social, de carácter autónomo, y otra que se correspondía con la subjetividad y las acciones de las personas. La primera operaba de modo causal sobre la segunda, de manera que las acciones humanas no serían meros actos voluntarios sino efecto de las condiciones sociales de existencia. Esa creencia acerca de lo social como estructurante comienza a entrar en declive a partir de la década de 1970 (Cabrera y Santana Acuña 2006: 187).

En el mismo sentido, Alain Touraine (2006) anticipa en una tesis enunciada a fines de los años '90 que la preocupación sociológica transita de los sistemas a los actores, y que por hallarnos inmersos en un universo de racionalización tecnológica, económica y administrativa “nos definimos más y más como actores no sociales, definidos por status adscritos más que alcanzados” (2006: 95). En otro texto de inicios del siglo XXI, Touraine

(2005) vuelve a resaltar que el principio de legitimidad de las conductas sociales se traslada de la sociedad al propio individuo. “Es el actor en persona, quien se atribuye esta capacidad de autolegitimación”, “el sujeto” (2005: 72).

Las tendencias actuales en el estudio de los actores colectivos recuperan para el análisis histórico y sociológico una multiplicidad y diversidad de sujetos cuya naturaleza y carácter recogen lecturas que ya no se alinean simplemente en las tradiciones interpretativas europeas o norteamericanas. La experiencia colectiva latinoamericana es altamente sugerente de una convergencia de luchas en sus más diversas modalidades que ameritan una desnarrativización de los marcos teóricos precedentes. Así, se encaran estudios que recalcan en las prácticas y discursos de nuevos actores sociales no contemplados por la historiografía, tanto los que habitan las ciudades como el mundo agrario.⁶

Sea que el análisis recaiga en las organizaciones sociales o bien en los movimientos sociales se observa un descorrer por teorías y por estudios de caso. Ha sido usual abordarlos desde campos diferentes y con distinciones analíticas, aunque en otros casos se han preocupado por temas comunes y convergencias. El de la protesta ha sido uno de ellos.⁷ Respecto de las organizaciones sociales, diversas tipologías vienen agregándose en una producción teórica por desentrañar nuevas formas colectivas, así como de nuevos sujetos invisibilizados hasta hace pocas décadas atrás.

Si la sociología de las organizaciones ofrece herramientas de análisis para abordarlas, las teorías de los movimientos sociales por su parte proponen modelos analíticos para considerar a este segundo tipo de sujeto colectivo que desde la década de 1950 viene acaparando la atención de los científicos sociales. Han sido analizados e interpretados desde distintas perspectivas, por lo que aquí se citará particularmente el trabajo del sociólogo y politólogo francés Erik Neveu (2000) quien en su texto sobre los movimientos sociales realiza un aporte

a la sociología histórica. En efecto, basándose en Tilly, toma en cuenta la dimensión de la larga duración en el análisis de los movimientos sociales, que permite identificar las evoluciones lentas y las rupturas al considerar los repertorios de acción.

Varios enfoques teóricos desde los años '90 vienen disociando la configuración de los actores colectivos respecto de las clases sociales. En opinión de Klaus Eder (1991) “nos enfrentamos a la existencia de actores colectivos (plurales) que no tienen nada que ver ni con la sociedad civil ni con las clases. Parecen existir independientemente de tales condiciones estructurales y culturales (...) El simple determinismo de la estructura social debe ser excluido” (1991: 123).⁸ Se identifican entonces nuevos actores colectivos y no solamente los movimientos sociales. Se los encuadra bajo el concepto de “manifestantes”. Son algunos ejemplos el movimiento verde, grupos contraculturales, grupos de campañas simbólicas (anti-alcohol, anti-tabaco), contra-movimientos (“Let the food”, contra el movimiento del derecho al aborto).

Así, se describe algunos de esos movimientos como “activos” en tanto otros serían “reactivos” (Burke 2007: 136). Asimismo, se los considera “nuevos actores sociales antisistémicos” en la lucha anticapitalista con formas organizativas renovadas, lenguajes y demandas (Aguirre Rojas 2010). Esta forma de posicionarse frente a la globalización no los exime de un anclaje local. Se habla de las dimensiones nacionales y globales que atraviesan a los nuevos movimientos sociales, como sujetos dotados de autonomía, creatividad y productores de la sociedad del siglo XXI (Pleyers 2018). Otras posturas los consideran actores de la “glocalización” por cuanto “se sitúan entre lo local y lo global, entre los lugares y los flujos, entre las particularidades y lo universal”, de allí que busquen “particularizar los valores universales y, por otro, universalizar las identidades particulares” (Alguacil Gómez 2006: 44).

Queda en claro pues la diversificación y complejidad que ha alcanzado este tipo de sujetos sociales. Del mismo modo los formatos que han adquirido. Se manifiesta la preocupación por nuevos actores sociales como los profesionales que se comportarían como actores colectivos en algunas situaciones.⁹ En este sentido, se habla cada vez con mayor frecuencia del pasaje de las movilizaciones a las redes de movimientos sociales, dado que se evidencia la transversalidad de las demandas, articulaciones en red y participación política de las organizaciones en red (Scherer-Warren 2006).

La experiencia europea de las movilizaciones recientes explica que el interés creciente de muchos sociólogos se halla trasladado de los movimientos sociales al estudio de los individuos y de sus interacciones en la vida cotidiana, aunque también se mantiene la preocupación por las movilizaciones colectivas, pero trabajadas desde nuevas categorías, como “excluidos” y “marginados”. La influencia de la sociología estadounidense explica en gran medida ese giro. Inclusive algunos parecen ignorar la importancia de las condiciones estructurales sobre las acciones individuales y las colectivas, dando lugar a una valoración de la microsociología y la psicosociología. Por lo tanto, los estudios de las acciones colectivas tienden a focalizarse mucho menos en las causalidades que en las modalidades de desarrollo de cada acción concreta (Haubert 2011).

En síntesis, tanto desde el campo de la historia social como de la sociología histórica se advierte que la clase social ha dejado de constituirse en la fuerza explicativa de toda configuración de actores colectivos para dar paso a nuevas entidades, movimientos sociales y de modo general otros múltiples agentes colectivos.

Revisitando nociones de la historia social

Con el objetivo de conceptualizar la noción de actor colectivo y sugerir dimensiones de análisis desde el campo de la historia social que permitan operacionalizar tal categoría es que se proponen dos dimensiones de análisis: entorno y acontecimiento.

El *entorno de una experiencia colectiva* remite a la noción histórica de contexto¹⁰ que permite explicar cómo se conectan los actores colectivos con la sociedad de su tiempo. No se trata de indagar cómo incide el entorno en la performance de las acciones colectivas, pregunta que llevaría a un enfoque meramente casuístico, sino básicamente ¿de qué modo el entorno abre posibilidades para la constitución de un actor colectivo? Son preguntas cuya pretensión es situar al sujeto colectivo “en relación con” el entorno y no determinado por ese entorno.

A propósito de este último enunciado, Beatriz Moreyra (2008) ha llamado la atención respecto de la conveniencia de recuperar el análisis del contexto para el estudio de lo social, aunque también advierte que ello no implica validar el determinismo de los enfoques estructuralistas de los años 1960. En este sentido, nos ubicamos en una posición epistemológica distante tanto de las corrientes deterministas que prevalecieron como ya se vio en los años 1950 y 1960 así como de aquellas que acentuaron el papel de los individuos, de sus acciones y estrategias por encima de los marcos estructurales.¹¹ Pensamos, más bien, que es dable reflexionar desde una *perspectiva relacional* en torno a las interrelaciones posibles entre sujetos y contextos.

Precisamente, Williams Sewell (2006) -sociólogo norteamericano que realizara una fuerte crítica a las perspectivas estructuracionistas- emplea la noción “entorno construido” (2006: 52), donde resalta el contexto material como factor influyente en las acciones, aunque otorga

relevancia al mismo tiempo a lo individual, pues subraya que “las actividades humanas son también actos en y sobre entornos materiales”; decir que la acción tendría la capacidad de transformar el entorno en que tiene lugar (2006: 66). Así, las rutinas, los entornos y los hábitos que median las relaciones humanas, son reproducidos y pueden perdurar, aunque también pueden ser alterados, reemplazados o reformados.

Recrear el *entorno* es una clave que posibilita acercarnos a la historicidad¹² del actor, a los componentes de la dinámica socio histórica, al sentido constituyente de su trayectoria. Ahora bien, ¿qué subdimensiones de análisis componen ese “entorno construido” y constituyente del actor colectivo? Considero relevantes dos que remiten a las coordenadas que lo sitúan en tiempo y espacio: *a) el momento histórico (político, económico y social); b) la escala/s de acción.*

La primera subdimensión plantea la ubicación de un actor colectivo en el mapa de una coordenada temporal, el cual es preciso describirlo y descubrir su lógica y sus tramas. El entorno construido explica el por qué de ciertas condiciones políticas, económicas y sociales generan un clima tal que favorecen la constitución de un sujeto histórico que desarrollará una experiencia colectiva. Así, el momento histórico describe el contexto en el que se sitúa un actor colectivo y puede suceder una acción colectiva. Su análisis e interpretación debe leerse pues en términos influyentes y no deterministas. Particularmente, el tipo de régimen político puede favorecer o inhibir formas particulares de actores colectivos; del mismo modo las relaciones de producción, las configuraciones sociales y las articulaciones/tensiones local global.

La segunda subdimensión permite ubicar al actor colectivo en el entorno más próximo, pero también en las articulaciones posibles y en las redes de acción colectiva. Da cuenta de un actor situado y a la vez vinculado con niveles escalares. La opción por la noción de escala

no implica su mera referencia a la representación cartográfica, sino es “algo que se produce y se disputa”, “expresa cambios en la geometría del poder social”, “surge como el sitio para el control y la dominación, pero también como la arena donde la cooperación y la competencia encuentran un empate frágil”. Son las escalas las que ofrecen la posibilidad de construir estrategias de acción colectiva e interacciones por medio de alianzas a través del espacio, de generar así una “política de escala”.¹³ Las escalas son entonces “elaboraciones sociales conflictivas, producciones humanas colectivas, dinámicas, multidimensionales, con los diversos actores y trayectorias históricas, en movimiento procesual, contingente y abiertas” (Fernández y Brandão 2010).

Considerar las dos subdimensiones del entorno (general y local) no es factor suficiente para explicar la irrupción de un actor colectivo de no mediar un *acontecimiento*, es decir ese episodio que desencadena un conflicto, abre la posibilidad para la conformación y participación de un actor colectivo y lo ubica en la escena social.

El acontecimiento es el indicador del paso de una situación a otra, de un cambio, del desenlace de un hecho o episodio que inicia una “fractura histórica” (Aguirre Rojas 2010: 16). Los acontecimientos cumplen un papel importantísimo en el proceso de cambio social, como lo señala Peter Burke (2007: 238). Por estas razones otorgamos relevancia al acontecimiento en el señalamiento de la constitución y/o visibilización pública de un actor colectivo.

A su vez, el actor colectivo puede ser generador de un acontecimiento y en este sentido nos ubicamos en una posición crítica respecto de aquellas corrientes historiográficas que rescataban para el análisis de los procesos históricos la importancia de los acontecimientos - por caso, la teoría de Emmanuel Le Roy Ladurie- aunque creían que tan solo reflejaban las estructuras, sin la posibilidad de modificarlas (Burke 2007: 240). Lógicamente, que esa

posibilidad de incidir en los contextos deviene del impacto político o incidencia política que la acción colectiva pueda sugerir, como se verá más adelante.

Incluir la dimensión temporal en el análisis de actores colectivos y de sus acciones implica establecer una clara relación entre el agente y sus prácticas. “La temporalidad se asocia con un antes y un después (o varios), y con la idea de sucesión” (Girola 2011: 24).

Por otro lado, si la lógica de los acontecimientos es transcurrir en un tiempo histórico, y si en un punto confluye con ella un actor colectivo desde su propia dinámica constitutiva que lograr irrumpir a su vez en esa trama, se desencadena una nueva dinámica donde podría observarse la *trayectoria de un actor colectivo*, teniendo en cuenta cambios y continuidades, metamorfosis y reconfiguraciones de esos actores colectivos. He aquí revalorizada la importancia y la centralidad de la historia. Por último, ninguno de esos factores asociados al acontecimiento que pone en el tiempo histórico al actor colectivo termina de tornarse explicativo si no se considera el espacio público en el cual se manifiesta el actor y sus prácticas.¹⁴

Una dimensión inequívoca del actor colectivo: la acción

Pensar en un actor social colectivo sin tener en cuenta su capacidad de acción parece un sinsentido. El concepto del actor ha discurrido entre las teorías del sujeto y las teorías del agente para interpretar, en un caso, a los individuos como motores de la acción, y en el otro sentido como expresión de fuerzas sociales estructuradas a nivel macro.

¿De qué modo los individuos se involucran en acciones comunes? Principalmente la sociología de la acción ha dado respuesta a este planteo sosteniendo que la construcción social es el resultado de la actividad humana y de construir sentidos como producto de la acción y de la interacción de sus miembros.¹⁵ Así, la lógica de la acción colectiva en las

sociedades europeas acapara una parte substancial de la producción, entre otros, de Touraine y sus discípulos como Castells y Melucci, a los que siguen otros autores como Alberoni, Slaten, Cohen, Evers, Offe. Luego, se suman los sociólogos norteamericanos (Olson, Tarrow, Mac Adam, entre otros).

Pueden referirse entonces tres grandes perspectivas de análisis desde la sociología de la acción, según sea perspectivas que analizan la acción tomando como referencia al sistema social (Le Bon, Park), las que centran en el análisis de la movilización de recursos desde enfoques más a menos ortodoxos (Olson, Oberschall, Mc Carthy, Tilly) y las que privilegian la noción de conflicto e identidad para explicar la acción (Touraine). (Tarrés 1992) Junto a estas perspectivas podemos añadir la que diferencia en el marco de la acción colectiva y como una categoría más estrecha, la de protesta social.¹⁶

Algunas otras precisiones también se han señalado. Al respecto, la atención sobre la acción puede referir actores colectivos o bien los individuos y sus participaciones plurales. En el primer caso, se puede aludir a los paradigmas y explicaciones que continúan interpretando las acciones colectivas en términos contenciosos, o bien otros que entienden los actores colectivos como una “construcción contingente” (Mc Adam y otros 2005).

Otra perspectiva se abre paso en la sociología contemporánea. Se trata de los enfoques que indagan las acciones de los individuos desde el nivel de lo familiar, a lo social y el espacio público, tal como lo plantea el paradigma de la sociología pragmática¹⁷, uno de cuyos referentes y fundadores es el francés Laurent Thévenot.

En efecto, en uno de los textos referenciales, *La acción en plural*, Thévenot (2016) analiza las razones que llevan a los individuos a vincularse con su entorno. Allí sostiene que los actores se vinculan por medio de lazos emotivos, de coordinación de intereses y de ideas acerca del bien común. Pero, el formato de la acción está dado más por la situación que por

las competencias propias de los agentes, es decir, que los actores despliegan capacidades, pero lo que resulta definitorio es “la configuración de la situación en que actúan” (2016: 18).

El autor establece tres niveles básicos respecto del “involucramiento”, categoría mediante la cual define las interacciones sociales: el de justificación, el del plan y el de familiaridad; ello significa que descarta tanto los enfoques deterministas, según los cuales las estructuras imponen los formatos de acción, como así también los planteos relativistas según los cuales los actores despliegan arbitrariamente sus intenciones o sus intereses. Su análisis de la acción no coloca el acento en el actor, sino en la formación conjunta de la persona y de su entorno, es decir, focaliza en los involucramientos plurales del individuo/persona. Ello comienza en la ampliación del involucramiento hacia otras personas y una arquitectura que va de lo más cercano a lo público.

Desde la perspectiva del historiador, un referente clásico en los estudios de acción colectiva es Charles Tilly. En su trabajo *Acción Colectiva* (1978) define claramente por tal a aquellos episodios no rutinarios “que ocurren como parte de la interacción entre personas y grupos antes que como una performance individual”, considerando además que es discontinua y contenciosa”. Agrega también que “los participantes aprenden, innovan y construyen historia en el propio curso de la acción colectiva” (1978: 14).

En síntesis, desde una visión amplia, entenderemos por acción colectiva y, siguiendo a Schuster (2005) “cualquier acción que requiere de la participación cooperativa de la menos dos individuos para su realización” (2005: 43). En un sentido más preciso como el “fruto de un proceso reflexivo en el cual un grupo se reconoce como un colectivo que está sufriendo un proceso de identificación. La constitución del colectivo es la definición del Quién de la acción colectiva”, junto con un proyecto colectivo “que busca a su vez consolidar el Nosotros

de la acción” (Nardacchione 2005: 89). Se trata entonces de una acción que se inscribe en un espacio público (Eder: 1991).

Desde la perspectiva de la historia social y de la sociología de la acción pueden entonces indicarse las subdimensiones de estudio: a) *el repertorio específico* que el sujeto colectivo escoge cuando hace visible su acción en el espacio público; b) *la trayectoria del repertorio*, es decir, la acumulación de acciones colectivas que es posible observar durante un lapso de tiempo y en la escala que se manifiestan; c) las *alianzas y articulaciones* que es capaz de generar el actor colectivo conforme éste despliega su repertorio de acciones; d) *la incidencia* de las experiencias colectivas tanto sobre el entorno como en la configuración propia del actor, proceso que deriva en reconfiguraciones del actor colectivo.

Propongo entonces incorporar como eje de análisis la incidencia del sujeto sobre el entorno construido particularmente en el campo de lo político. De ese modo nos situamos en una postura crítica de los autores que, en el campo de la sociología histórica, conceden predominio a las estructuras sociales y a los aspectos macrosociales, y que si bien integran - como en el caso de Norbert Elías- las dimensiones subjetivas, optan decididamente por dar prevalencia a las formas de interdependencia más que las interacciones entre los individuos, por lo que -según sostienen- son esos elementos del “sistema” en definitiva los que constriñen externa e internamente sobre los individuos (Corcuff 1995).

Por el contrario, pensamos que el actor puede operar y transformar esos entornos que contextualizan las acciones. Éstas pueden resultar “constituyentes”, precisamente cuando irrumpen en el proceso histórico y social para marcar un cambio, un devenir, una discontinuidad. La acción colectiva puede incidir sobre el entorno constituido, en diferentes planos, de diferentes maneras.¹⁹

Las dimensiones subjetivas en la configuración del actor colectivo: identidad e identificación

La problemática de la identidad es otra de las cuestiones que las disciplinas sociales han hecho centro de su interés, particularmente desde mediados del siglo XX y con mayor intensidad al desencadenarse dinámicas contemporáneas como las migraciones, las resistencias locales y la globalización, por lo que las perspectivas y terminologías se multiplican. Aun así pueden señalarse algunos indicadores más fuertemente consensuados que otros. La identidad, entendida como proceso dinámico, en permanente construcción y reconstrucción es uno de ellos. (Restrepo y otros 2010) La afirmación de la diferencia y el reconocimiento de esa diferencia por los demás en contextos de interacción y de comunicación social, es decir, el carácter intersubjetivo y relacional es otro atributo de la identidad.²⁰

Frente a la diversidad de narrativas se impone pues un recorte y éste busca detenerse en los enfoques próximos al aquí propuesto, es decir, que se alimentan de dimensiones históricas y temporales. Del expresado criterio participa, entre otros Stuart Hall (2003), teórico y sociólogo jamaicano, representante de los estudios culturales. Obviamente, al situarse en esta corriente la identidad remite a las formas discursivas, aunque debe rescatarse también la conveniente distinción que efectúa entre “identidades” e “identificación”. Al respecto, expresa que las primeras “se construyen dentro del discurso y no fuera, en ámbitos históricos e institucionales específicos, en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas mediante estrategias enunciativas específicas” (2003: 18). Añade también otro rasgo, al decir que se construyen a través de la diferencia, es decir, “a través de la relación con el otro, con su afuera constitutivo” (*Id.*: 19). Además, considera que están sujetas a una historización radical y a un constante proceso de cambio y transformación. (*Id.*: 17-18). Por otro lado,

entiende la identificación como una construcción “un proceso nunca terminado, [...] es condicional [...] es un proceso de articulación [...] entraña un trabajo discursivo, la marcación y ratificación de límites simbólicos [...] Necesita lo que queda afuera, su exterior constitutivo, para consolidar el proceso” (*Id.*: 15-16).

En una posición muy cercana, Leonor Arfuch (2002), entiende que la identidad se halla “abierta a la temporalidad, a la contingencia, a una posicionalidad relacional” y se construye en el discurso (2002: 21). Es en razón de esa temporaria fijación que emplea el concepto de “identificación”, influenciado por las teorías del psicoanálisis.

El análisis político del discurso constituye otra vertiente en cuyo marco se explica también que el eje de discusión se traslade de la identidad a la identificación. En esta línea de interpretación la cientista social mexicana Zaira Navarrete-Cazales (2015), entiende que la identidad es un concepto “necesario y a la vez imposible de una representación precisa, definitiva y exhaustiva” (*Id.*: 462). En sus palabras “la identidad designa movilidad, transformación, cambio, un proceso. Es decir, el sujeto no nace determinado con una identidad última, sino que la identidad es un proceso de constitución nunca ha acabado” (*Id.*: 477).

Así entonces la identidad puede definirse como “una categoría general que posibilita tengamos un lugar de adscripción (histórico-temporal) frente a los demás a distinguirnos de los otros (sujetos, instituciones, grupos, familias, comunidades, movimientos sociales, naciones) y decir qué es lo que somos y lo que no somos” (Navarrete-Cazales 2015: 468). Es decir, que la identidad implica al mismo tiempo “la otredad”, “la alteridad”, con lo cual aparece una diferencia fundamental en relación a cómo se interpretaba clásicamente la idea de identidad, es decir, como una relación que cada entidad mantenía sólo consigo misma.

En otro orden, la autora afirma que el sujeto construye su identidad “a partir de la asunción de distintas posiciones, roles o polos identitarios [...] La identidad se reconstruye constantemente por la adquisición de nuevas posiciones y por las resignificaciones que hace cada sujeto de ellas”. Es decir que es imposible pensar que la identidad sea inamovible; por el contrario, puede sostenerse que “las identidades conservan fijaciones temporales y parciales, de manera que algunos elementos permanecen y otros cambian” (*Id.*: 477).

Esa característica temporal que le adjudica, explica el hecho de que la autora prefiera hablar de “identificación”, por cuanto supone un “proceso”, el cual es “más específico, particular que implica el análisis del momento del enganche, de la identificación con algo o alguien (sujeto, idea) que nos constituye en un momento particular, específico de nuestra identidad histórica, contextual y cambiante” (*Id.*: 468). Es “una construcción”, “un proceso nunca acabado”, “está sujeta a contingencia”. Es contextual, situada, momentánea, abierta y flexible” (*Id.*: 471).

Desde la teoría política crítica Benjamín Arditi (2009) postula también que la identidad “es el resultado de la relación del uno con el otro, por lo tanto, puede abordarse desde la diferencia”; por eso, “toda identidad se establece a partir de un esquema relacional” (2009: 37). Pero, añade que “es el efecto de vínculos de todo tipo, culturales, políticos, religiosos, comerciales, etc. que cambian con el tiempo [...] son construcciones abiertas al cambio” (*Id.*: p. 38). En este sentido subraya que “las identidades colectivas son contingentes son algo inacabado por cuanto siempre están en construcción a través de continuo proceso de identificación” (*Id.*). En este sentido le agrega como característica su carácter meta estable es decir que las identidades pasan de un estado a otro, pero tan lentamente que parecen conservar una estabilidad (*Id.*: 39).

Más allá de los indicadores que se puedan privilegiar para analizar la identidad queda claro que desde una perspectiva histórica, la dimensión de la identificación da cuenta de un proceso constitutivo que permite entonces aplicar a los actores colectivos y así dar cuenta de la *trayectoria del actor colectivo*, de acuerdo con las siguientes subdimensiones de análisis: a) las tradiciones del colectivo de pertenencia; b) las enunciaciones autoreferenciales; c) la configuración de la otredad, es decir, quiénes son los “otros” en el campo de la lucha colectiva, los cuales pueden ser o no sus antagonistas.

Situar al actor en relación con el contexto, en un tiempo histórico, en una escala, en el espacio público, desarrollando acciones colectivas puede conducirnos a entender mejor no solo actores, sociedades y tiempos sino percibir continuidades y rupturas, en las que pocas veces se repara y, sin embargo, son las que encierran claves interesantes para devolver a la historia el sentido explicativo del pasado y del presente.

| | Dimensiones de análisis objetivas | Subdimensiones | Dimensiones de análisis subjetivas | Subdimensiones |
|------------------------|-----------------------------------|--------------------------------------|------------------------------------|------------------------------------------|
| ACTOR SOCIAL COLECTIVO | Entorno | Momento político, económico y social | Identificación | Tradiciones del colectivo de pertenencia |
| | | Escala/s de acción colectiva | | Enunciaciones autoreferenciales; |
| | Acontecimiento | Momento constituyente/orga | | Configuración de la otredad |

| | | | | |
|--|--------|---------------------------------|--|--|
| | | nizativo del actor colectivo | | |
| | Acción | Repertorio específico | | |
| | | Trayectoria del repertorio | | |
| | | Alianzas y articulaciones | | |

Fuente: Elaboración propia

A modo de conclusión

Este trabajo ha revisitado la categoría “actor social colectivo” y ha propuesto desde una perspectiva interdisciplinar una definición operativa sobre la base de cuatro nociones -acción, entorno, acontecimiento e identidad- con sus respectivas dimensiones de análisis para encarar, particularmente, estudios empíricos en el campo de la historia social, aunque puede resultar válido para estudios de otras disciplinas sociales donde se plantee una preocupación por el sujeto colectivo.

La historia social, la sociología de la acción y la teoría del discurso político han sido las fuentes teóricas que permitieron repensar la categoría en estudio. Pero, nada de esta operación intelectual hubiera sido posible sin antes recuperar los resultados de las propias investigaciones relacionadas con actores colectivos. Precisamente, este aporte subraya la

importancia que cobran los estudios descriptivos y fácticos, por cuanto conllevan interpelar las categorías iniciales de trabajo, complementarlas o profundizarlas en tal caso.

Propongo encarar una definición sobre actor colectivo que enfatiza el carácter histórico y sociológico de su proceso constitutivo, recupera el valor explicativo del contexto, del espacio y del tiempo en que se desenvuelve y a la vez la incidencia de la práctica y de la experiencia colectiva.

Así entendemos que la noción de actor colectivo se refiere a todo sujeto de pertenencia a un colectivo, situado en tiempo y escalas, cuyo proceso constitutivo se inscribe en una matriz acontecimental e identitaria, mientras la configuración de una acción (más o menos contenciosa, con mayor o menor incidencia en el contexto) lo posiciona y visibiliza en el espacio público. Se trata de una definición provisoria y factible de contrastaciones e interpelaciones por otros marcos teóricos disciplinares como evidencias empíricas.

Notas

¹ Michel Crozier fue sociólogo y politólogo francés; Erhard Friedberg, sociólogo. Ambos son los principales referentes de la sociología de las organizaciones

² El énfasis en esta ciencia social radica en su proximidad con la historia social. Sin embargo, también desde la filosofía se han desarrollado trabajos sobre actores colectivos. Véase, por ejemplo, Rauber (2006) donde la autora plantea desde una visión más afín con la izquierda, la idea de actor colectivo asociada a la de sujeto y éste a factores objetivos y subjetivos, por lo que junto con la referencia a movimientos sociales sigue considerándose a las clases sociales como actores colectivos.

³ Particularmente nos remitimos al sociólogo e historiador Charles Tilly.

⁴ PPI financiado por SECYT-UNRC. “Protesta social y organizaciones sociales. Sus repertorios y prácticas en América Latina y Argentina”, 2015-2018. Director: Celia Basconzuelo. Véase también el trabajo de Quiroga (2015) donde se construye, a partir de un exhaustivo trabajo de campo, una cartografía de las organizaciones sociales, territoriales y políticas en Río Cuarto, existentes durante las últimas décadas.

⁵ Nos referimos aquí a algunos movimientos feministas de reciente conformación en el interior del país, particularmente en pequeñas localidades donde la fortaleza organizativa no radica en un nivel de institucionalidad sino de significativa acción a partir del uso de las redes sociales.

⁶ Por caso, los estudios de Adrián Ascolani que recuperan la tradición colectiva de los trabajadores agrarios temporales de la zona cerealera, y ofrecen así un cuadro social de estos sujetos históricos de los cuales poco se sabía. Además, no los asocia con el concepto de clase social sino como actor colectivo homogéneo, marcado por experiencias comunes, propuestas políticas y perspectivas temporales conjuntas.

⁷ Véase por ejemplo el interesante debate conceptual en el trabajo de Guerra Blanco (2014), a partir del caso de organizaciones sociales mexicanas.

⁸ La traducción del texto en francés original es nuestra.

⁹ Véase el trabajo de Dubar y Tripier (1998).

¹⁰ La noción no debería confundirse con “marco de referencia” tal como en los años noventa los sociólogos David Snow y Robert Benford plantearon para considerar las tres acciones básicas de los procesos de contestación social (diagnóstico, pronóstico y motivación) (García González 2017).

¹¹ Por caso la obra de Bernard Lepetit (1995).

¹² La historicidad engloba “el conjunto de circunstancias que a lo largo del tiempo constituyen el entramado de relaciones (sociales, políticas, culturales, etc.) en las cuales se inserta y cobra sentido algo” (Girola 2011: 17). Lo que se estudia adquiere significado en el marco de dichas relaciones. La historicidad supone “una dimensión sincrónica (se refiere a un conjunto determinado de circunstancias en un momento determinado en el tiempo) y una dimensión diacrónica (se refiere a cómo se han ido conformando y cómo se siguen modificando esas circunstancias a lo largo del tiempo)” (Ibídem: 19).

¹³ Desde la ciencia histórica una de las expresiones de trabajo en escalas ha sido la microhistoria.

¹⁴ Esta afirmación es sostenida por Eder (1991: 137).

¹⁵ Para un análisis de los aportes de los clásicos autores de este paradigma, ver el estudio crítico de Silvia Bolos (2013).

¹⁶ Véase los trabajos de Federico Schuster y otros (2005).

¹⁷ Esta corriente se consolidó en la década de 1990 y tuvo como uno de los centros de producción la École des Hautes Études.

¹⁸ Una línea de análisis es la incidencia política. El concepto involucra un universo de actores muy amplio (ciudadanía, actores sociales, económicos e institucionales) que participan o influyen en la definición, gestión y control de políticas públicas generales o sectoriales, en los ámbitos locales, provincial/departamental, nacionales o internacionales. Hay mecanismos de colaboración (relación con políticos y agentes gubernamentales, participación en comisiones, etc.) o bien de confrontación (huelgas, boicots, anteproyectos de ley, manifiestos, denuncias, etc.) que buscan canalizar la incidencia política (Acuña y Vacchieri 2007).

¹⁹ La teoría de Alberto Melucci sobre identidad colectiva es un referente de esta afirmación.

Referencias bibliográficas

- Acuña, C. y Vacchieri, A. (2007). *La incidencia política de la sociedad civil*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Aguirre Rojas, C. A. (2010). *Movimientos antisistémicos: pensar lo antisistémico en los inicios del siglo XXI*. Rosario, Argentina: Prohistoria.
- Alguacil Gómez, J. (2006). Nuevos movimientos sociales: nuevas perspectivas, nuevas experiencias, nuevos desafíos. *Polis, Revista Latinoamericana*, volumen 6 (17). Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30501713>
- Arfuch, L. (2002). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Arditi, B. (2009). *La política en los bordes del liberalismo. Diferencia, populismo, revolución, emancipación*. Recuperado de: https://arditiesp.files.wordpress.com/2017/01/arditi_politicas_en_los_bordes_doble_2017.pdf
- Bolos, S. (2013). *La constitución de actores sociales y la política*. Madrid, España: Plaza y Valdez.
- Burke, P. (2007). *Historia y teoría social*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Cabrera, M. A. y Santana Acuña, A. (2006). De la historia social a la historia de lo social. *Ayer, volumen 1* (62): 165-192. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2998914.pdf>
- Caínzos López, M. (1989). Clases, intereses y actores sociales: un debate posmarxista. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/249415.pdf>

- Castro, H. (1997). *História Social*. En C. Cardoso e R. Vainfas. (comps.) *Domínios da Histórica. Ensaio de Teoria e Metodologia* (pp. 76-96). Río de Janeiro, Brasil: Campus.
- Ceamanos Llorens, R. (2006). La historia obrera y social contemporánea en Francia a través del estudio de Le Mouvement Social (1960-2000). *Anuario Colombiano de Historia social y de la cultura*, (3): 311-336. Recuperado de:
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=127112581012>
- Corcuff, P. (1995). *Las nuevas sociologías. Construcciones de la realidad social*. París, Francia: Nathan.
- Crozier, M. y Friedberg, E. (1990). *El actor y el sistema*. México D.F., México: FCE.
Recuperado de: <https://es.slideshare.net/jalberper/crozierel-actor-y-el-sistema>
- Dubar, C. y Tripier, P. (1998). Sociologie des professions. *Cahiers du Genre*, volumen 1 (26): 157-160. Recuperado de:
https://www.persee.fr/doc/genre_1298-6046_1999_num_26_1_1109_t1_0157_0000_1
- Eder, K. (1991). Au-delà du sujet historique: vers une construction théorique des acteurs collectifs. *L'Homme et la société, volumen 1*, (101): 121-140. Recuperado de:
https://www.persee.fr/doc/homso_0018-4306_1991_num_101_3_2565
- Fernández, V. y Brandão, C. (2010). *Escalas y Políticas del Desarrollo Regional: Desafíos para América Latina*. Madrid, España, Miño y Dávila.
- García González, G. (2017). Entre la historia y la sociología. Enfoques constructivistas en el estudio de los nuevos movimientos sociales. *Historia Social*, (88): 141-158. Recuperado de: https://www.jstor.org/stable/44509488?seq=1#metadata_info_tab_contents
- García Sánchez, E. (2007). El concepto de actor. Reflexiones y propuestas para la ciencia política. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62830608>.

- Girbal-Blacha, N. (2007). Historia y Ciencias Sociales: entre el disenso y el compromiso. En S. Mallo y B. Moreyra. (edits), *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del Siglo XXI* (pp. 17-29). La Plata, Argentina: Centro de Estudios Históricos Profesor Carlos Segreti. Centro de Estudios de Historia Americana Colonial.
- Girola, L. (2011). Historicidad y temporalidad de los conceptos sociológicos. *Sociológica*, año 26, (73):13-46. Recuperado de:
<http://www.scielo.org.mx/pdf/soc/v26n73/v26n73a2.pdf>
- Guerra Blanco, E. (2014). ¿Organizaciones o movimientos sociales? Esbozo de una crítica a una distinción conceptual. El caso de las organizaciones sociales en la Ciudad de México. *Territorios*, (31): 15-35. Recuperado de:
<https://revistas.urosario.edu.co/index.php/territorios/article/view/3447>
- Hall, S. y du Gay, P. (comps.) (2003). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Haubert, M. (2011). Las movilizaciones sociales: aportes recientes de la sociología francesa. *Revista Mexicana de Sociología. Volumen 73* (4). Recuperado de:
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032011000400004
- Ibañez, J. (1991). El regreso del sujeto. *La investigación social de segundo orden*. Santiago, Chile: Amerinda.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, España: Paidós.
- Lepetit, B. (1995). *Les formes de l'expérience: une autre histoire sociale*. París, Francia: Albin Michel. Recuperado de: <https://journals.openedition.org/insaniyat/11566>

Mc Adam, D., S. Tarrow y C. Tilly (2005). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona, España: Hacer.

Moreyra, B. (2008). Los desarrollos de la historia social contemporánea: ¿Hacia un nuevo giro social? En S. Mallo y B. Moreyra. (edits), *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del Siglo XXI* (pp. 65-91). La Plata, Argentina: Centro de Estudios Históricos Profesor Carlos Segreti. Centro de Estudios de Historia Americana Colonial.

Moreyra, B. (2014). El revival de la historia social en la primera década del siglo XXI: ¿retorno o reconfiguración? *História da Historiografia*. Recuperado de:
<https://www.historiadahistoriografia.com.br/revista/article/view/740>

Nardacchione, G. (2005). La acción colectiva de protesta: del antagonismo al espacio público. En F. Schuster, F. Naishtat, G. Nardacchione y S. Pereyra (comps.), *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, pp. 85-109. Buenos Aires, Argentina: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Navarrete-Cazales, Z. (2015). ¿Otra vez la identidad? Un concepto necesario pero imposible. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*. Recuperado de:
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-66662015000200007

Neveu, E. (2000). *Sociología de los movimientos sociales*. Quito: Abya-Yala.

Pleyers, G. (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI. Perspectivas y herramientas analíticas*. Buenos Aires, Argentina: Clacso.

Quiroga, M. V. (2015). *Organizaciones socio-políticas y territoriales. Hacia una cartografía en la ciudad de Río Cuarto 2014-2015*. Río Cuarto, Argentina: UniRío.

- Rauber, I. (2006). Luchas y organizaciones sociales y políticas: desarticulaciones y articulaciones. Ciudad de México D.F., México: Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado de: http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/461trabajo.pdf
- Remedi, F. (2011). La producción en el campo de la historia social argentina en la última década. *Historiografías*, (1): 53-67. Recuperado de: <http://www.unizar.es/historiografias/numeros/1/rem.pdf>
- Restrepo, E., C. Walsh y V. Vich (editores). (2010). Stuart Hall. *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Colombia: Envión.
- Romero, L. A. (2010). ¿El fin de la historia social? En F. Devoto. (Ed.), *Historiadores, ensayistas y gran público: la historiografía argentina, 1990-2010* (pp. 29-37). Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Sábato, H. (2001). La historia en fragmentos: fragmentos para una historia. *Punto de Vista*, (70): 41-48. Recuperado de: <http://www.ahira.com.ar/ejemplares/70/>
- Scherer-Warren, I. (2006). Das mobilizações as redes de movimentos sociais. *Sociedade e Estado. Volumen 21* (1): 109-130. Recuperado de: www.scielo.br/scielo.php?pid...69922006000100007...sci...
- Schuster, F., Naishtat, F., Nardacchione, G. y Pereyra, S. (2005). *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires, Argentina: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Sewell, W. (2006). Por una reformulación de lo social. *Ayer, volumen 1* (62), pp. 51-72. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2998914.pdf>

- Spiegel, G. (2006). La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico. *Ayer, volumen 1* (62): 19-50. Recuperado de:
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2998914.pdf>
- Tarrés, M. L. (1992). Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva. *Estudios Sociológicos, Volumen 10* (30): 735-757. Recuperado de:
<http://aleph.academica.mx/jspui/bitstream/56789/23970/1/10-030-1992-0735.pdf>
- Thévenot, L. (2016). *La acción en plural. Una introducción a la sociología pragmática*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.
- Tilly, C. (1978). *Acción colectiva*. Recuperado de:
<https://wandervogeland.jimdo.com/app/.../Charles-Tilly-Accion-colectiva.pdf?t...>
- Touraine, A. (1987a). *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. OIT: Prealc.
- Touraine, A. (1987b). *El regreso del actor*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Touraine, A. (2005). *Un nouveau paradigme. Pour comprendre le monde d'aujourd'hui*. Paris, Francia: Fayard.
- Touraine, A. (2006). Sociología: De los sistemas a los actores. *Espacio Abierto, volumen 15* (1 y 2): 91-98. Maracaibo, Venezuela: Universidad del Zulia. Recuperado de:
<https://es.scribd.com/document/261969504/Sociologia-de-Los-Sistemas-a-Los-Actores>

Recibido: 14 de junio de 2019.

Aceptado: 10 de agosto de 2019.

